



Goytisolo, hombre de paz y melancolía

Hay ciento cincuenta guarderías con el nombre de 'El lobito bueno'

PEPE MENÉNDEZ

Cuando el lector tenga estas líneas delante de sí, seguramente habrá leído otros comentarios y opiniones mucho más autorizados y cercanos que lo que será éste a la figura del poeta José Agustín Goytisolo. Me gustaría escribir desde la percepción de tantos lectores anónimos del poeta que no estuvieron en su entorno familiar o amical, pero que nos hemos sentido igualmente aturridos ante la interrupción brusca de la muerte en un camino que, del modo como ha llegado, si bien podía parecer previsible, ha resultado igualmente sorprendente.

La figura y la poesía de Goytisolo siempre tuvieron un paralelismo fácil de percibir. Se trataba de una persona con un peculiar sentido del humor, que posibilitaba que su sarcasmo y su capacidad de sátira no derivara en acritud. Por otro lado, era capaz de conectar con el alma del lector, de los oyentes de sus recitales o de aquellos que se acercaron a su poesía a través de la voz de Paco Ibáñez.

Su compromiso con la dignidad y la libertad lo llevó a la militancia antifranquista e incluso hacia una cierta incompreensión del pacto como vía política. De carácter pasional y de desbordante corazón, su tono irónico reconfortó el corazón de muchos de sus lectores, que encontraron en él, a pesar de todo ("Soy peor todavía de lo que muchos creen"), a



José Agustín Goytisolo en su juventud

podría representar la contradicción que muchas personas llevamos dentro: entre la visión del mundo como espectáculo de injusticia y crueldad y la esperanza en la belleza o en valores como el amor y la amistad ("Escribiste un poema para así deslumbrar / a una hermosa muchacha.") La elegía como forma de recuerdo a su madre o a tantos otros seres queridos que el poeta vio desaparecer lastimosamente, la cultivó el poeta con una admirable contención. Mucho se ha escrito sobre la influencia en la obra de los hermanos Goytisolo del modo en que murió su madre en un bombardeo durante la Guerra Civil. El primer libro de poemas de José Agustín, *El Retorno* (1955), incide obsesivamente en la pérdida de su madre y nos retrata a un hombre inmensamente triste debido a su ausencia. Para el poeta, la muerte de su madre se fue convirtiendo en el paradigma incomprensible del mundo ("Era mujer y hermosa. No tenía /

nieve sobre los años"). El sablazo rápido y fatal de la muerte que rompe las expectativas de una vida joven. Igual que tantos personajes que Lorca inmortalizó antes de que su propia muerte hiciera lo mismo con él de igual modo.

Estamos delante de una figura de una vastísima cultura, lector impenitente y admirador de todo tipo de poetas. Muchos son los versos que dedicó a figuras literarias y muchos son los poemas que surgieron de su imaginación al modo de otros versos que había leído. Un ejemplo de la heterogeneidad del reconocimiento del poeta lo tenemos en la nómina de estos poetas admirados. Desde Bécquer hasta Henry Miller pasando por Quevedo, Machado, Carles Ribas, Foix, León Felipe o Cortázar.

La búsqueda del camino creativo lo ha llevado por innumerables caminos, entre los que destaca la época en la que colaboró con el Taller de Arquitectura de Ricardo Bofill y que dio pie a un libro de poemas de carácter urbano con el título de *Taller de Arquitectura* (1977), "En la ciudad futura alta y metalizada / se hallarán huellas de hoy y alguien estudiará / lo que fuimos mirando entre espirales / y rampas la pared de un edificio / como el que ahora tú habitas..."

Su constante búsqueda de la imagen del otro le permitió identificar al mundo y proponerlo como espejo donde mirarse. Si en *Salmos al viento* (1956) el sarcasmo vehicula la poesía social, en *Claridad* (1961), aparece el poeta desnudo frente a sí mismo. Perteneció a una generación que bien podía haber merecido el adjetivo de perdida, como aquella otra norteamericana que también sufrió en sus venas el desgarrar del sinsentido, el derroche de la lucidez y la exaltación vital.

La vida cotidiana y la búsqueda de nuevos sentimientos que perciban la sinceridad del mundo llenan las páginas en blanco del poeta. Probablemente es esto lo que provocará que permanezca siempre en nuestra memoria. □

Su ímpetu de libertad
lo encontró muchas veces
amenazado
por su propia sensibilidad

un hombre de paz y melancolía. A ese hombre bueno, en el sentido menos convencional que el término tenga en los manuales de comportamiento.

En un libro recientemente publicado, se hace mención de la existencia de más de 150 guarderías con el nombre de *El Lobito Bueno*. Lo mismo podríamos preguntarnos acerca de cuántas niñas que han nacido en los últimos veinte años tienen el nombre de Julia, en perfecta simbiosis con la melancolía y la vitalidad del poema.

La conciencia de Goytisolo lo empujó a menudo hacia el desánimo. Su ímpetu de libertad lo encontró muchas veces amenazado por su propia sensibilidad. Estamos delante de un figura que



ORGAZ